

## **Constantino y el sentimiento religioso**

Ya en el Neolítico los hombres desarrollan el amor y respeto por sus antepasados desaparecidos.

Dan sepultura a sus muertos.

Les recuerdan.

Sueñan y dialogan con ellos.

Honestamente creen que pueden aspirar a la protección de sus ancestros, venida desde ultratumba.

Los manipuladores observan el fenómeno y piensan que están ante la palanca perfecta que les permita manejar a las gentes de su grupo.

Inventan un edificio de lindos colores y formas perfectas.

En Grecia por ejemplo tenemos a Apolo, Zeus o Atenea: son como los hombres, pero infinitamente superiores; e inmortales por supuesto.

Los romanos se quedan con el lote, aunque cambiando el nombre: tenemos a Júpiter o a Minerva.

En teoría estos dioses deben proteger a la gente contra los malvados vecinos; los de la otra tribu, o los del otro Imperio.

En la práctica los “hechiceros” consiguen que el pueblo obedezca sus instrucciones; en caso contrario los dioses se cabrearán.

También habrá personas que intentarán analizar el fenómeno y dar a los dioses las propiedades que se compadezcan con la razón; además, buscarán la forma correcta en la que los mortales puedan poner su conducta en correspondencia con la divinidad.

Sócrates por ejemplo; y lo pagará caro.

En Egipto, el faraón Amenhotep IV, pondrá en lo alto un dios singular, de nombre Atón; en principio debería dejar obsoletos a Amón-Ra y a Osiris.

Pues no, será Amón el que prevalezca.

El Buda aporta al fenómeno religioso la lucha por la liberación de la ignorancia, ofreciendo como camino el ascetismo y la meditación.

Confucio también se preocupa por la dimensión espiritual del hombre, y recomienda la meditación y el “justo medio”, pero su finalidad última sería más el buen orden social que la “liberación” de la persona individual.

Las tribus de Israel concibieron un dios protector al que supieron dotar de propiedades superiores: todopoderoso y omnisciente, era también el más misericordioso.

Y luego vino Jesús e intentó explicar a los judíos que Dios no se conformaba con protegerles a ellos, sino que aspiraba a confortar a cualquier hombre que sufriera opresión, ya fuera en Samaria, Roma, Britania o en China.

Lo pagó muy caro, como es natural: quitarles un Ser que ellos habían ideado de un modo francamente insuperable.

Además, el planteamiento de Jesús es “contradictorio”: los dioses pertenecen a una tribu, a una horda, a un país, a un pueblo, a un Imperio; y por lo tanto, están en contra de otra tribu, u otra horda, u otro país, u otro pueblo, u otro Imperio. Esta lógica elemental no se compadece con el planteamiento “universal” de la religión de Jesús.

La historia del cristianismo es la historia de esta contradicción: y no solo la encontraríamos en la violencia ejercida contra pueblos no cristianos, sino en las guerras fratricidas entre naciones cristianas.

Para justificar esta realidad contraria al pensamiento de Jesús se han utilizado por los manipuladores todos los recursos que permiten la falacia y la mentira, contando eso sí con un aliado infatigable, el fanatismo.

Ahora bien, el libre pensamiento siempre ha combatido el sectarismo de estos cristianos violentos y fanáticos.

En la guerra civil americana el pensador y escritor Mark Twain puso de manifiesto lo absurdo de las dos facciones matando y destruyendo en el nombre del mismo Dios.

Y el mismo presidente Lincoln se daba cuenta de que “azules” y “grises” oraban al mismo Dios pidiéndole que les ayudara a matar al “cristiano” que se encuentra al otro lado de la zanja.

Mahoma tomó el modelo de Dios único de los judíos y con él transformaría las diferentes y divididas tribus árabes en lo que iba a ser una de las grandes naciones de la humanidad.

### **Diocleciano y Constantino**

El emperador Constantino se encontró justo en el punto de la Historia en el que la religión de Jesús iba a sufrir el “gran salto”.

En el 284 Diocleciano se autoproclama como emperador.

Luego eleva a su colega Maximiano a su nivel como Augusto.

Y más tarde Constancio, yerno de Maximiano, y Galerio, casado con la hija de Diocleciano, son nombrados “césares”.

Los cuatro se reparten el Imperio: tenemos la Tetrarquía.

Al margen de los aciertos y errores de Diocleciano en asuntos políticos, tenemos su papel crucial en la cuestión religiosa.

Las persecuciones de cristianos venían siendo permanentes en los tres primeros siglos, aunque se pueden considerar puntuales.

Al comenzar el siglo cuarto los cristianos son varios millones y representan un porcentaje significativo de la población romana.

Los judíos profesaban una religión minoritaria y tradicional y entraban dentro del campo de la tolerancia imperial.

Pero los cristianos representan algo nuevo, extraño y por tanto impredecible.

Y se produce la purga de cristianos en el ejército, quizás debida más al fanatismo de Galerio que a Diocleciano.

En el 303 se producen dos edictos que implican la persecución total del cristianismo: las penas de muerte se complementan con las de cárcel. Lo que supone que estos establecimientos se llenen a rebosar.

A fin de año un tercer edicto proclama una amnistía, cuya finalidad es romper la unidad del grupo cristiano, pero ya en 304 llega un cuarto edicto en el que se dictaba la obligatoriedad de ofrecer sacrificios a los dioses paganos, bajo pena de muerte.

En el 305 llegan las dimisiones de Diocleciano y Maximiano, de modo que Constancio y Galerio ascienden un peldaño.

La tetrarquía se completa con los nombramientos de Severo y Maximino como césares.

En Oriente continúa la persecución bajo la dirección de Galerio y Maximino, pero en Occidente Constancio y Severo restablecen la tolerancia hacia los cristianos.

En el 306 fallece Constancio y le sustituye su hijo Constantino, que ofrece a los cristianos la restitución completa de lo perdido en la persecución.

En el 311 Galerio también opta por la tolerancia en Oriente y en el 313 se produce el edicto de Milán que proclama la tolerancia religiosa en todo el Imperio.

Pero igual que la persecución toca a su fin lo mismo sucede con la tetrarquía.

El comienzo del fin se produce cuando la tetrarquía consta de 5 líderes: seguimos con Galerio y Maximino en oriente, pero en occidente tenemos a Constantino, a Severo... y a Majencio.

Majencio derrota y ejecuta a Severo: quedan 4.

Diocleciano interviene y nombra a Licinio: 5 de nuevo.

Galerio muere en 311: otra vez 4.

Constantino cruza los Alpes y en la batalla de Puente Milvio, de octubre de 312, muere Majencio: quedan 3.

Al año siguiente se suicida Maximino: ya tenemos la diarquía.

Todo perfecto, en ese 313 Constantino y Licinio dictan el Edicto de Milán.

Pero la pareja termina rompiendo.

Sin embargo en el 317 se recompone de nuevo.

Y otra vez la guerra civil; en el 325 Constantino ejecuta a Licinio y se proclama emperador único.

Y termina trasladándose a Oriente, a su Constantinopla.

Y muere en 337 y heredan sus 3 hijos: tenemos triarquía.

Luego solo queda Constancio II: otra vez monarquía.

Desde luego lo que no ofrece duda en Constantino es su postura contraria a la persecución.

Otra cuestión es el juicio que merece su cristianismo, o si se quiere en términos más generales, su sentimiento religioso.

Desde luego, pensando en términos generales, deberíamos reconocer en los fundadores de las religiones un fuerte sentimiento religioso: Jesús, Mahoma, Buda...

Y lo mismo se podría decir de pensadores como Sócrates o Confucio; o de un faraón como Amenhotep IV.

Pero cuando pensamos en los grandes políticos o militares es razonable la duda: por ejemplo ¿Horacio Nelson era un hombre profundamente religioso?

Bueno, a veces es imposible dudar: algunos grandes personajes de la historia dejan pocas dudas sobre el modo en el que han utilizado la religión para facilitar la consecución de sus intereses.

En el caso de Constantino es demasiado sencillo considerar en él el cálculo político, en el sentido de juzgar la persecución como algo que podría traer a Roma más problemas que beneficios, aparte de considerar su difícil implementación.

Y no es disparatado pensar que el emperador está admirado por el potencial y el dinamismo de este grupo de cristianos.

Pero ¿hay algo más?

Parece que Constantino, antes de Puente Milvio, tuvo la visión de una cruz en el cielo, acompañada del texto “con este signo vencerás”.

Y lo que no se puede dudar es la intervención de Constantino aconsejando el Concilio de Constantinopla, que supondría la unidad de la Iglesia de Cristo y la enorme fuerza que hará de ella la institución referente en la Europa medieval.

Como tampoco es discutible la conversión al cristianismo del emperador al final de su vida.

Entonces quizás se inclinaría la balanza hacia el Constantino sinceramente cristiano, y no hacia el político calculador que estima la gran fuerza del grupo cristiano y miente y manipula en consecuencia.

Y como siempre habría un termino medio, terriblemente humano.

Constantino es un manipulador, pero termina por engañarse a sí mismo.

Su mente es capaz de soñar, dormido y despierto, y termina por creer que sí vio la cruz en el firmamento.

Él no es capaz de entender la postura de los obispos sobre la divinidad del Hijo, y sí en cambio comprende a Arrio, pero hay momentos en los que se siente como el hombre providencial que ha hecho posible la verdad sobre el Cristo divino.

Y decide convertirse a última hora por pensar que favorecería sus planes para sus hijos en el poder, pero finalmente acaba por creerse un cristiano más.

